

nueva jersey a la izquierda, el hudson, el east river, las pequeñas islas, la estatua de la libertad, los ferrys amarillos que surcan permanentemente las aguas, el ferry en cuya cubierta vas ya cortando el aroma salino y dejándote azotar por el viento siempre fuerte aquí, mientras pasa, parece como si la rozaras con los dedos, junto a la isla de la libertad, y observas a los turistas sacando la clásica foto que los perpetúe al pie de la estatua, y tras ella, la isla de ellis con su inmenso caserón, hoy deshabitado, pero antaño centro de retención de criminales, paso obligado posteriormente, con cuarentena incluida, de millones de inmigrantes que te eligieron como tierra de promisión, y también, al alcance de la mano, la isla de los gobernadores con su fortaleza mirando al hudson, y el atracadero de los guardacostas dando al east river, comunicada por los pequeños ferrys blancos, estilizados, remontando en pocos minutos la corta distancia de su travesía; y las gabarras moviéndose pesadamente, levantando olas de blanca espuma con sus panzas hendidas cortando las aguas; mas, antes de arribar al viejo y destartado embarcadero de south ferry hay aún tiempo para admirar el grandioso espectáculo de concentración urbana, polimorfa, erecta, apabullante, el bloque tirando a grisáceo, entre blanco y negro, que emerge de la roca al borde mismo del agua y dibuja en el espacio la línea quebrada, viva, activa y enorme de lo que eres tú, nueva york: calles innumerables repletas de gente, alta vegetación de hierro, esbelta, fuerte, ligera, que se levanta majestuosamente hacia el claro cielo, ciudad multiforme, multimillonaria, multirracial, multicéfala, ciudad por la que el ciudadano se pierde en busca de la vida, esperando encontrar siempre el crisol abigarrado de tantos colores, de tantas modas, de tantas lenguas, de tantos personajes que miran hoy desde el quiosco de helados de battery park, siguiendo entusiasmados la derrota de los ferrys amarillos que marchan a dejar la carga al otro lado de la bahía, y se sienten diminutos, o libres, o amenazados, o protegidos, o utilizados, o absorbidos, o agarrados por la mole inmensa de rascacielos y símbolos que caen sobre ellos cuando tú inicias la travesía de manhattan, de sur a norte, empezando por la obligada visita a wall street, ahí al lado, el stock exchange y el asombro que produce la frialdad casi neutral, cibernética, con que se hace la riqueza, la gran riqueza, la riqueza nacional y transnacional, con esos fulanos que pasan fugazmente con un portafolios en la mano, a decidir, o después de decidir, o a seguir decidiendo en este tejemaneje de acciones que suben o bajan, en estas callecitas tan estrechas, parece mentira, se entra por pine y casi se choca con el inmenso edificio acristalado, esbelto y pulcro, desde cuyo último piso observa rockefeller a diario su vastísima heredad, con unas cuantas máquinas que le informan, y unos cuantos cerebros que le aconsejan y, sin embargo, todo parece tan grandioso y colosal desde aquí abajo, tan interesante y normal, ni una mirada escrutadora a través de los cristales, los fieles empleados cumpliendo su deber, tan tranquilo todo, como si estuviera vacío: yo denuncio la conjura de estas desiertas oficinas, y saliendo de la calle, justo en frente, la menos colosal pero más serena e inspiradora iglesia de la trinidad, presidiendo y dando ánimos desde el púlpito: *what is good for business is good for god*, y hacia el este, alejándose de este lugar, se llega a la altura de la calle pell, o doyers, o park, o mott, u otras muchas, y se abre, de repente, la pantalla de otro mundo, casi en china, es decir, en el barrio chino, vivo, colorista, activo, creciente, adaptado a este mundo de cemento profundamente distinto del originario, milenario, enigmático, luminoso mundo oriental de donde proceden estos comerciantes habilísimos que guardan celosamente, a pesar de todo,

su ancestral cultura, aunque ya los hijos y, sobre todo, los nietos, empiezan a sentirse más de aquí que de allí, algunos hasta cambiando los rasgos faciales, adaptándose al medio también en esto, hombres o mujeres que ya no son del todo orientales pero tampoco occidentales, figuritas de marfil, un poco de cada, algunas guapísimas gacelas con los ojos rasgados que miran desde el fondo del mostrador de las innumerables pescaderías, o las tiendas de productos alimenticios, o los restaurantes, o pasan ligeramente por la acera en busca de actividad para emplear su gran capacidad creativa, acercándose hasta la calle mullberry, hasta donde ya llegan los signos visibles de su presencia, aunque mullberry, realmente, es símbolo de otra inmigración, en este país de inmigraciones, ya que a su largo se extienden, entrando septiembre, multitud de casetas y puestos, con su tiro al blanco, sus tómbolas, sus juegos, sus golosinas, sus inefables hamburguesas, sus frituras, sus rifas, sus santos, testimonio festivo, todo ello, de la presencia no menos viva, fecundísima y próxima de unos cuantos millones de italianos que también te eligieron como tierra de promisión, e hicieron de estas callejuelas su pequeña italia, consiguiendo, en verdad, que la vida aquí, aún hoy, superada ya la época de las grandes migraciones europeas, tenga un cierto sabor mediterráneo, cercano, sutil, refinado, familiar, en el que, todavía, se ven viejos tomando el sol en algún chaflán echándose una parrafada en su lengua originaria, tan hermosa y sugerente, ya que es en esta calle mullberry donde, como decía, se celebra en septiembre la verbena de san genaro, que congrega a miles de visitantes que acuden a ella para evocar un pasado que, junto a otros, te han formado a ti, nueva york, y revivir así viejas tradiciones al otro lado del océano, llama perdurable de origen remoto que ya desaparece atravesando, otra vez, lafayette y entrando en el lower east side, barrio actualmente empobrecido y decadente, que debió ser, no obstante, atractivo reclamo urbano de judíos, principalmente, si se tienen en cuenta las muchas sinagogas que aún se ven, aunque en estado de gran abandono, y algunos inconfundibles hasidic que todavía transitan por sus calles venidos, posiblemente, desde el otro lado del río para solucionar algún negocio, o últimos habitantes, quizás, de un barrio que, como tantos otros, antes de perder totalmente su estilo deja que se depauperen, al tiempo que envejecen sus casas, los últimos vecinos que le dieron carácter y vida; porque hoy, el lower east side ya no es más que una sombra valetudinaria y desheredada que el cruel combate por la supervivencia que hace de tus calles, a veces, una selva de asfalto lo ha convertido en zona de confluencia en la que vienen a dar con sus vidas, en busca de morada y fortuna, otros inmigrantes, hispanos, puertorriqueños y cubanos, fundamentalmente, que, junto con los judíos que quedan todavía, y algunos chinos que empiezan ya a establecerse en la zona, forman el cuadro paupérrimo y triste de este enclave, desde el que volviendo, un poco, por los pasos andados, se alcanzan los tirantes del puente de brooklyn fundidos con la gran roca que sustenta la isla, casi en los mismos jardines en que se asienta, también, la humilde arquitectura del city hall; grandioso puente, éste, cuyo arco se abre sobre el río para dar empaque al impresionante paisaje que se va descubriendo a medida que se pisan los tablones de la calzada superior por donde transitan peatones y ciclistas, al tiempo que se van haciendo más persistente, constante y acompasado el ruido casi orquestal y permanente, de tan intenso y penetrante, que producen los coches al cruzar velozmente sobre la calzada férrea que les está destinada, hasta llegar al centro geométrico para sentir sus vibraciones como un balanceo rítmico, y dominar, nuevamente, el east river, con los puentes de manhattan